

UNA SEMANA

Colección Literatura del Futuro

UNA SEMANA

Iuri Libedinski

Traducción de Alejandro Ariel González

Ediciones *r/r*

Libedinski, Iuri

Una semana / Iuri Libedinski. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : RyR, 2024.

144 p. ; 17 x 12 cm. - (Biblioteca militante / Eduardo Sartelli ; Literatura del futuro ; 6)

Traducción de: Alejandro Ariel Gonzalez.

ISBN 978-631-6608-46-8

1. Literatura Rusa. 2. Revolución Rusa. I. Gonzalez, Alejandro Ariel, trad. II. Título.

CDD 891.73



AD VERBUM

Publicado con el apoyo del *Instituto de la Traducción*, Rusia

©CEICS-Ediciones ryr, 2024, Buenos Aires, Argentina

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723

Printed in Argentina- Impreso en Argentina

Primera edición: Ediciones ryr, Buenos Aires

Responsable editorial: Eduardo Sartelli

Traducción: Alejandro Ariel González

Diseño: Guido Lissandrello

www.razonyrevolucion.org.ar

editorial@razonyrevolucion.org.ar

En defensa de los héroes anónimos

Un breve examen de *Una semana*, de Iuri Libedinski

Eduardo Sartelli

Una trayectoria inusual

Hablar de Iuri Libedinski es relatar una trayectoria inusual. Lo más inusual, por raro que parezca, es su supervivencia. No porque haya vivido demasiado: de 1898 a 1959 median “apenas” 61 años. Es, sin embargo, el medio siglo más turbulento de la era moderna. Si recordamos que el centro de esa turbulencia es precisamente el país natal del autor de *Una semana*, tendremos una medida más precisa de cuán extraño es este fenómeno que comentamos. Agreguemos al stalinismo y el panorama será completo: Libedinski ha visto desaparecer casi a toda la generación literaria a la que él perteneció y en la que fue una figura destacada. No es este el lugar para explicar por qué tuvo semejante privilegio, simplemente lo dejamos anotado.

Estrictamente hablando, Libedinski es ucraniano, porque nació en Odessa. Con unos veinte años, participó en el ejército y comenzó a escribir en la prensa. Luego trabajó como tornero, sin dejar de escribir. Muy activo en la lucha intelectual, lo veremos discutir con Trotski a propósito de *Literatura y revolución*, reproduciéndose con Libedinski cierto efecto “platónico” que explicaremos más abajo.

En esa época, por 1922, publica *Una semana*, que va a merecer una reseña muy elogiosa de Bujarin. En 1928 fue parte de la lucha de facciones que caracterizó al campo intelectual de la revolución cultural, formando la RAPP. El “antecedente” de haber sido destacado por Bujarin no lo ubica bien frente al ascenso de Stalin y, si bien logra escapar a los arrestos de 1936 (gracias a Fadeiev), fue prohibido en 1937 y expulsado del partido, al que volvió en 1939. Fue luego corresponsal en el frente y gravemente herido en Stalingrado. Murió en 1959 de un ataque cardíaco. Se dice que vivió los dos años de “exilio” interior sin poder dormir, obsesionado con un próximo arresto, un estrés que probablemente haya tenido mucho que ver con su futuro desenlace. En cierto sentido, Stalin se llevó a la tumba hasta a los que lo sobrevivieron.

Un escritor proletario

Libedinski forma parte de la generación posterior a Gorky o Andreiev, gente que ya era famosa mucho antes de la revolución. El autor de *Una semana* es, como Vivían Itin o Iákov Ókunev, parte de aquellos que nacen a la literatura *con* la revolución. Muchos de estos autores se enrolaron en grupos como *Octubre*, entusiastas defensores de una literatura proletaria “pura”. Bajo esa impronta, publicó varias novelas: *Comisarios* (1925), *Punto de viraje* (1927) y *El nacimiento de un héroe* (1930). Se encuentra aquí lo mejor de su obra. Lo que vendría, bajo el dominio de Stalin, tiene un sabor a compromiso urgido por razones obvias.

Libedinski adviene al mundo literario en momentos en que la dirección bolchevique se encuentra inmersa en un debate crucial, en el que se juega el destino de la revolución: el agotamiento del comunismo de guerra y el giro hacia la NEP.¹ Ese debate tiene

¹Para un análisis más detallado de este problema, véase López Rodríguez, Rosana y Eduardo Sartelli: “Un largo y sinuoso surco rojo. Trotsky, la

proyecciones subterráneas más allá del campo en el que se establece la discusión central. La literatura es uno de ellos. La mayor parte de los analistas y de los “opinadores” en general, sobre la historia y los principales debates de la revolución rusa, en particular, los militantes trotskistas, examinan el enfrentamiento en torno al Proletkult y la “literatura proletaria”, como si fuera una confrontación ideológica acerca del lugar del arte en el socialismo. Esta perspectiva, ya de por sí errónea, porque no entiende cuál es el objeto real de disputa, se pierde todavía más en los vericuetos de la ideología de secta cuando le suma a esta descontextualización una todavía mayor, el efecto Sócrates. Llamo por tal una trampa muy efectiva para principiantes del análisis social y del discurso en general. Se sabe que muchos diálogos platónicos están contruidos sobre una misma estructura de base: Sócrates, un personaje inventado (no hay forma de saber qué pensaba el Sócrates real) discute posiciones filosóficas de Platón contra personajes famosos, sobre todo, sofistas, a cuyos discursos solo accedemos a través, precisamente, del autor de *La República*. Obviamente, requiere una ingenuidad y una impericia importantes el tomar lo que Platón le hace decir a *su* Sócrates acerca de los sofistas (y lo que le hace decir a los propios sofistas, en tanto personajes del diálogo) como si fuera lo que los sofistas realmente sostenían. Dicho de otro modo: el Protágoras o el Gorgias que Platón expone a través de un supuesto diálogo real con Sócrates, son simplemente lo que Platón quiere que sean, consciente o inconscientemente. Nadie puede, con seriedad académica, estudiar a los sofistas a través de esos diálogos. Allí tenemos lo que Platón quería decir, no lo que ellos necesariamente decían. Para eso habría que leerlos directamente, lo cual es difícil, porque no han tenido la fortuna de su caricaturista. Con el Proletkult y

los escritores proletarios tenemos el mismo problema, el mismo obstáculo epistemológico, el platonismo trotskista.

Trotsky publicó *Literatura y Revolución*, que es en realidad una compilación de textos, a los efectos de participar en el debate con cierta autoridad. Su obra pasó al castellano mucho más tarde, mal traducida y muy recortada. Todo el trotskismo posterior, que solo lee a Trotsky (actitud quizá justificada a medias porque el resto de los participantes quedó sepultado bajo la lápida de la revolución), solo conoce del Proletkult y de los escritores proletarios lo que Trotsky dice de ellos. Recién en las últimas décadas podemos escuchar su propia voz, o algo parecido. En buena medida, “destrotskyizar” la historia de la revolución es una tarea higiénica tan importante como “desestalinizarla”. No vamos a reproducir aquí lo que ya explicamos en el texto ya citado, pero es necesario atravesar este tema para poder examinar la obra de nuestro autor sin las anteojeras de una batalla perdida en torno a un problema que ya no existe.

El núcleo de la disputa, dijimos, es la NEP. ¿Y qué es la Nueva Política Económica? El reconocimiento del agotamiento de la etapa del “comunismo de guerra”. El “comunismo de guerra” no fue una política económica ni un proceso consciente de construir una sociedad socialista. Fue, así de simple, el conjunto de medidas desesperadas, impuestas por la coyuntura, con las cuales los bolcheviques enfrentaron la guerra civil. No se trataba de la eliminación del mercado y las relaciones mercantiles por mecanismos más eficientes y no compulsivos de distribución del excedente social. Se trataba de un proceso violento de saqueo organizado y redistribución de la miseria que prolongaba y profundizaba la miseria. No había otra salida si se quería vencer. Pero tarde o temprano debía reconocerse lo obvio: el mercado debe ser superado, no reprimido. Superado: un tipo de organización social superior, es decir, más eficiente y sin escasez. Reprimido: no hay “precio” que valga, el grano se requisa y ya. Para la primera opción se requiere un nivel de desarrollo muy elevado. Para la segunda, la voluntad de vencer a cualquier costo.

El comunismo de guerra, entonces, gestó dos convicciones contrapuestas: la primera, la situación no da para más, como lo demostraban las rebeliones campesinas en masa y el alzamiento de Kronstad; la segunda, quienes participaron de esas jornadas heroicas y sobrevivieron, arrastraron consigo la oculta medalla de la victoria, la que valida el papel de la voluntad y la arrastra hacia posiciones “ultras”. Esa joven “guardia”, la que nació allí, machacada en el yunque de la guerra civil, va a emerger de ella con una confianza ilimitada, por un lado; con un intenso resentimiento, por otro. ¿Por qué “resentimiento”? Porque el agotamiento del fruto de la desesperación, sin embargo, pródigo en heroicidades y pleno de epicidad, lleva a la conciliación con los enemigos de ayer. Es la hora del mercado, de los precios, de la propiedad privada, del nepman, del arribista, del que hasta ayer, si no era “blanco”, habitaba en la variada gama de grises que se extendía en los bordes del combate. La NEP significaba un cambio valorativo radical: reconocer la derrota en la victoria, aceptar a los enemigos como compañeros. Ese cambio de estrategia es sancionado cuando el propio Lenin lo expone con la rudeza y simplicidad taxativa que lo caracterizaba: no podemos construir el socialismo, lo mejor que podemos conseguir es un razonable y eficiente capitalismo de Estado. Porque el comunismo de guerra está agotado y la revolución mundial ha entrado en un profundo reflujó. Hemos ganado perdiendo o perdido al ganar. Como sea, se acabó el tiempo de los héroes. A la nueva generación le va a costar aceptarlo y de hecho nunca lo hará. Por el contrario, se organizará contra ese cambio tan abrupto como sorprendente.

Esa organización va a atravesar toda la vida soviética, pero adquirirá dimensiones de guerra abierta en el campo intelectual. Por razones varias. Por empezar, porque el mundo intelectual es un mundo público, abierto, a diferencia de otros (el militar o el burocrático). Pero la razón más importante es otra: la muerte del Estado zarista da paso a un nuevo Estado, ávido de personal en

abundancia. Como se ha señalado para la revolución francesa (y para la de Mayo), hay una carrera de la revolución. El proceso abre un gigantesco espacio de promoción a generaciones enteras. Sobre todo, un Estado como el soviético, que debe reemplazar en todos lados al viejo Estado, pero también que se abre a nuevos espacios de intervención antes “privados”. En realidad, no da abasto: la conformación de un nuevo ejército, de una nueva administración, de un nuevo aparato educativo, de salud, de obras públicas, de policía, de todo lo que debe abarcar el recién nacido, lo supera ampliamente. De allí la necesidad de abrirlo a quienes incluso no comulgan, no ya con los bolcheviques, sino con la revolución misma. El debate acerca de los “especialistas” corre parejo con el que disputa acerca de la creación de instrumentos para producirlos ex novo y a montones: las universidades, las escuelas técnicas. Un debate que se proyecta hacia lo ideológico cultural: ¿qué cultura para el nuevo mundo? Aquí es donde el debate sobre la NEP se transforma en un debate sobre la literatura.²

Este debate tiene al menos dos carriles por el cual transitar. El primero, por el lugar de los nuevos escritores (los “proletarios”) en el proceso de creación de la nueva intelligentsia soviética. El segundo, el sentido de la tarea que estos especialistas deben llevar adelante. En el primer carril, lo que se discute es si las principales ubicaciones en el nuevo Estado pertenecerán a los nuevos aliados (esos que Trotski denominó “compañeros de ruta”) o a los jóvenes que asomaban en la revolución (algo que dio en llamarse “hegemonía proletaria”). La decisión que se tome en este campo, determinará la siguiente: si los compañeros de ruta dominan la escena, la lucha

²Véase Fitzpatrick, Sheila: *Lunacharski y la organización soviética de la educación y de las artes (1917-1921)*, Siglo XXI, Madrid, 2017. También, Kemp-Welch, A.: *Stalin and the Literary Intelligentsia*, Macmillan, New York, 1991 y Metcalf, Amanda: “The founding of the Federation of Soviet Writers: The Forgotten Factor in Soviet Literature of the Late Twenties”, in *The Slavonic and East European Review*, n° 4, 1987.

ideológica y cultural tiene un sentido; si dominan los “proletarios”, otra. ¿Cuáles? La hegemonía de los compañeros de ruta literarios era paralela a la hegemonía de otros intelectuales no bolcheviques o incluso anti-bolcheviques en el aparato del Estado. Piénsese en Nicolai Kondrátiev y Aleksander Chaianov, que ocuparon puestos de relevancia en el manejo de la economía soviética durante los años '20.³ Lo mismo sucedía en el ejército o en el sistema educativo. La nueva estrategia político-económica, la NEP, les había otorgado ese lugar. Era coherente que los compañeros de ruta literarios ocuparan uno similar en su propio terreno. Los “compañeros de ruta” eran, a la postre, la expresión literaria de la NEP. Era lógico que su emergencia provocara el rearme de quienes expresaban a las fuerzas proletarias dentro de la alianza que ahora dirigía el Estado soviético. Y era lógico también que pugnarán por imponerse a los representantes de la burguesía. ¿Había allí cuestiones mezquinas, de intereses personales y arribismo? Sin dudas, eso siempre está. Pero malentenderíamos el sentido de la batalla si lo planteáramos en esos términos.

Para los escritores proletarios, la situación no solamente era adversa en esta nueva alianza y se les pedía que se subordinaran a los nuevos aliados, sino que llegaba hasta la humillación. Debe haber sido difícil para ellos que uno de sus principales referentes revolucionarios, Trotski, los atacara de un modo frontal y con un tono cargado de ironía que muchos caracterizarían como “desprecio”. Entre otras cosas porque el principal argumento “trotskista” partía de un reconocimiento innecesario de “maestría” para con unos, los “compañeros de ruta”, y de desvalorización sistemática de los otros: el lugar de los nuevos dueños de las artes y las letras era el de

³Véase Sartelli, Eduardo: “Mañana campestre. El persistente encanto del populismo agrario: Aleksander Chayanov y los problemas de la revolución socialista”, prólogo a Chaianov, Aleksandr: *Viaje de mi hermano Alekséi al país de la utopía campesina*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2018.

“maestros” de la nueva generación; el de ésta, el de disciplinados y entusiastas alumnos.

No es solo esta situación de subordinación y humillación la que explica la virulencia con la que la nueva generación se va a organizar y batallar (y también, luego, la que explicará su apoyo a Stalin cuando comience el período clase contra clase). También, ligada a esta función “estudiantil” que se le impone, está la subordinación a los temas y problemas que esos nuevos aliados portan. Es decir, el problema de qué hacer con la cultura burguesa en el proceso revolucionario. Para los escritores proletarios, aceptar el rol docente de sus enemigos es entregar la conciencia obrera a la reacción burguesa. Para evitar esa conclusión obvia, Trotski desvía el tema y afirma, no solo la imposibilidad de una cultura proletaria, sino su imposibilidad en la actual situación soviética. Estamos, dirá Trotski, en la etapa de “asimilación” de la cultura burguesa. Podríamos señalar mucho sobre este tema, pero preferimos remitir al lector allí donde ya hemos desarrollado estas ideas. Digamos sí que toda la argumentación de Trotski está plagada de un idealismo romántico (como su teoría del “genio”) en relación al arte que calza bien con las necesidades políticas de la NEP, pero es completamente derrotista a la hora de la lucha cultural. Y es aquí donde la demanda de una “cultura proletaria” se revela en toda su seriedad e importancia: en medio del retroceso ordenado por la dirección bolchevique, los escritores proletarios batallarán en la retaguardia, en defensa de eso que han conquistado en la guerra civil con su propia sangre: la hegemonía política del proletariado.

Desde esta perspectiva, entonces, los escritores proletarios, el Proletkult, el desarrollo de una ciencia y una cultura proletarias, no son simples desvaríos de arribistas ignorantes e incapaces de valorar la gran cultura universal, sino las armas conceptuales y organizativas del destacamento intelectual de las fuerzas que surgieron a la vida con Octubre. Desde este punto de vista, es que se puede comprender a los “sofistas” caricaturizados por los pases de magia

de Platón/Trotsky. Podemos comprender por qué escriben lo que escriben y lo hacen del modo en que lo hacen. Entenderemos, entonces, por qué *Una semana* es parte de un dispositivo de batalla ideológica y no, simplemente, un anecdotario que puede sumergirse injustamente en la misma sentina del futuro “realismo socialista”. Si fuera este el lugar adecuado, podríamos mostrar que la línea literaria del estalinismo, tampoco es reductible a simple papel impreso por una burocracia totalitaria. Pero no lo es. De modo que terminaremos de perfilar a nuestro autor en el seno de la corriente a la que pertenece y luego examinaremos *Una semana* buscando las marcas de aquello que hasta aquí señalamos: una defensa de la hegemonía proletaria.

¿Quiénes son los escritores proletarios? Nombres poco conocidos para el lector común, el que cree que la literatura rusa del siglo XIX se proyecta en la “era de plata” simbolista, salta la revolución y a lo sumo reaparece con los anticomunistas abiertos, como Solzhenitsyn, o tibios como Pasternak o Ajmatova. Ese lector rara vez recuerda a Shólojov, pero seguramente no sabe quiénes fueron Aleksander Bezymensky, Iuri Libedinsky, Aleksander Tarasov-Rodionov, Dimitri Furmanov, Aleksander Serafimovich o Demyan Bedny. Nombres desconocidos de una época de la cual tal vez se rescate a la periferia no bolchevique, como Zamiatin, Bulgakov o Pilniak. Sin embargo, esos nombres enterrados por una lectura liberal-trotskyista del pasado literario soviético reaparecen con toda su potencia cuando se reconstruye el escenario real de la época. En ese escenario, los “octubristas” desempeñan un papel central en la cultura y en la política. Baste recordar al dueño de la literatura soviética desde la caída de Voronski y el arribo del realismo socialista, el crítico Leopold Averbakh. Asociados al estalinismo, en general injustamente (Furmanov, por ejemplo, era trotskista o simpatizaba con Trotsky como la mayoría de ellos), considerados escritores menores, literatura oficial o burdos expositores de ideología extrema

y simplificada, los escritores proletarios merecen un análisis más serio y respetuoso.

Como dijimos, no es este el lugar para ese análisis a gran escala, aunque sí lo intentaremos para el caso que tenemos entre manos. Diremos solo lo siguiente: los escritores proletarios reivindican el papel de la literatura en la conformación de la conciencia de clase. ¿Cómo se produce esa función o, mejor, cuál es el contenido que, a juicio de los octubristas, tiene que tener la literatura “concienciadora”? Hay dos líneas claras que, sin ser las únicas, son coherentes con la función y el momento: la utopía, por un lado; la reivindicación del héroe, por otro. La utopía bolchevique tiene un impacto real y va a generar la distopía anti-comunista: Chaianov y Zamiatin son respuestas a las ideas contenidas en *El expreso*, de Gastev, *El país de Gonguri*, de Itin o *El mundo venidero*, de Ókunev.

La reivindicación del héroe es la otra línea importante, que implica, contiene, una reflexión sobre las características del proceso revolucionario real. No aquel que se imaginaba antes de la revolución, cuando todo era teoría e ilusión, sino cuando es necesario ya operar en la cruda, cruel y barrosa realidad. *La astilla*, de Zamiatin, *Chocolate*, de Tarasov-Rodionov, *Chapaiev*, de Furmanov, o *El torrente de hierro*, de Serafimovich, nos hablan del héroe. Del colectivo y anónimo o del individual y concreto. En la guerra o en la vida “civil”. Pero siempre de la voluntad de vencer, de enfrentar las contradicciones, de hacerse cargo de la vida real. Y se llevaría una sorpresa aquel lector que creyera que estas obras carecen de cuestionamiento, de duda, de crítica, de oposición al poder y al clima imperante. Veremos esto, en lo que sigue, tomando como testimonio la peculiar “semana” que Libedinski nos describe.

Los héroes anónimos

Una semana transcurre en un pueblo remoto de los Urales, donde un grupo de bolcheviques debe hacer frente a una rebelión